VALIJA

LO DEL DIA

16 febrero 1946

ME dijeron que mi amigo el historiador estaba enfermo, y fui a verlo. Le encontré en la cama, con fiebre.

—¿Qué tiene?

—Fruta del tiempo... Como una gripe, pero mucho más fuerte —me contestó.

—¿Le ha visto el médico?

—Sí, estuvo aquí hace dos días... Dice que todo esto se curará cuando volvamos a España... Es un médico que entiende las enfermedades de los refugiados... No ha vuelto, porque él también está en la cama con gripe... Y aquí me tiene usted leyendo los periódicos... Pido que me los compren todos, para distraerme... ¡Qué interesantes vienen estos días!... ¡El debut de don Juan en la plaza monumental de México!... ¡La llegada de Manolete a Portugal!... ¡La declaración de Gil Robles en el proceso de Nuremberg!... ¡El invento de la bomba atómica por la señorita Villar Lledias!...

—Pero, ¿qué está usted diciendo?

—Lo que dicen los periódicos... Lo de Franco está claro... El intervino con Ribbentrop y el de las manos de palo en lo de los "viejitos"... ¡Qué manera de arrimarse!... Yo no había visto otra media verónica igual desde los tiempos de Cánovas... A la vieja la sujetaban, mientras tanto, Oliveira Salazar y Chamberlain... Y en la plaza ya no cabía un alma... Los hijos de Luca de Tena, aprovechando la oscuridad repartían unas hojitas pidiendo que en febrero pusiese banderillas Juan Tercero... ¡No hay quinto malo!... Al ver tanta gente, le pregunté a Luca de Tena que cuántos hijos tenía... "¡Ya ve usted! —me dijo—. Y eso que aquí no se ven más que lo que están en los tendidos!... Son cuarenta... Y aun han quedado fuera más de diez mil... Claro que no son hijos míos sólo... Son míos y del general Moscardó...". Pero, en fin, ¿qué dice don Alejandro?...

Estaba yo desconcertado oyendo tantos disparates. Supuse que la fiebre le hacía delirar a mi amigo el historiador, quien trabucaba en su delirio las noticias y los nombres que había leído en los diarios.

—¿Cuándo vienen los barcos? —me preguntó, tras una breve pausa—. Si los barcos son de cemento y tienen forma de lebrillo, yo creo que con tres barcos así, metiendo mucha gente en contrabarrera, tenemos bastante... El caso es no faltar a la coronación de Manolete... ¡Qué contenta se pondrá la infanta Isabel... Oiga, ¿y es verdad que ahora le han hecho una estatua, con una carretilla tirada por dos leones, y le llaman la Cibeles?... Eso debe ser cosa de don Mariano Benlliure... Mire usted, yo cuando supe que el señor López Oliván empuñaba el cetro, me dije: "¡Ahora sí que se descubre todo...!" Pero Franco no hizo bien en ir a rezar después de lo de la calle del Salvador para que les saliese bien el "asuntito"... ¿Qué gobierno cree usted que formará Manolete?... Yo creo que habrá de ser gente nueva... Romanones, por ejemplo, Sagasta, García Prieto, el general Azcárraga, Sánchez de Toca, Madariaga y Vicente Pastor... ¡Y que no se olvide de los escritores! ¡Habrá que darles algún cargo a Echegaray y al cardenal Segura!

Yo permanecía en silencio, sin atreverme a interrumpir aquella letanía de insensateces. Me acerqué a la cama y toqué la cabeza de mi amigo el historiador. Ardía.

—¡Bueno, cálmese! ¡Todo se arreglará! —le dije por decir algo.

—Sí, ahora cuando venga Churchill... ¡Si no lo arregla él!... ¿Es verdad que no quiere que haya reventa?... Eso debe ser cosa de Serrano Suñer... Mire usted: cuando debutó don Juan en Vallecas con Conchita Cintrón y el doctor Marañón, también hubo mucha gente, pero no tanta... Y eso que entonces había monárquicos de verdad... ¿Cuántos monárquicos cree usted que hacen falta, pasando de los diez, para que no haya República en España?... ¡El caso es que haya unión!... ¡Si al menos me hubiera tocado la casa de "Excelsior..."! Ahora le vendría bien al duque de Alba...

No pude aguantar más. Me levanté para marcharme. En ese momento, entró en el cuarto otro refugiado, sociólogo independiente y consecuente intelectual. Iba también a ver cómo estaba mi amigo el historiador.

—¿Qué? ¿Sigue delirando? —me preguntó—. ¿Las cosas incoherentes que dijo ayer?

—Pues hoy sigue igual el pobre —repuse—. Pero, no creo que sea grave... Estos días, todos, poco más o menos, estamos como él...

Me despedí y salí a la calle. Un indito descalzo me ofreció un periódico de la noche. Rechacé la hoja impresa. Apreté el paso y me metí en un cine, donde proyectaban una película de dibujos animados, representando un viejo cuento de magia. Quise volver a la realidad.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.26/1190.